

Javier Sáez de Ibarra

Bulevar



ÍNDICE

<i>Defensa</i>	9
Permiso	13
No se acaba nunca.....	31
Sacar al perro	47
Manda aquí.....	57
El señor Remáser	69
Fuerza.....	87
Hermanos	101
Una historia reciente	127
Enciclopedia occidental	141
Actividades de refuerzo	153
Ya lo entenderás	161
La reina	173
La inocencia.....	193
Bulevar.....	197
<i>Recordatorio</i>	209

VERSIÓN EXTENDIDA

Termina primero.....	213
Contarlo.....	229

PERMISO

*Para Luis Aranguren
y Francisco Aperador*

EL JEFE, ERWIN, LLEVABA más de diez minutos hablando con el cliente, el dueño de la casa más grande que había visto en mi vida: un chalet de tres plantas, ático con solarium y un sótano gigantesco, además de un garaje en donde cabían varios coches. Su conversación, que había empezado en el salón grande, se prolongaba sin pausa a través del corredor principal del piso inferior y por las habitaciones. Parecían dos viejos amigos que se resistieran a despedirse sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de volver a verse.

Mi jefe, desde luego, tenía motivos para estar contento; la mudanza nos había ocupado la semana entera, algo extraordinario entre nosotros que sólo disponíamos de una camioneta mediana y un coche para trasladarnos, mientras cualquier otra compañía habría hecho el servicio en un par

de días. Con excepción de los muebles, el mayor trabajo consistió en cargar libros. El hombre era profesor de universidad, escritor o coleccionista, algo así; poseía otras dos viviendas y un apartamento repletos de libros, que ahora iba a reunir en el sótano de su nuevo hogar. Hubo que embalarlos por docenas en fuertes cajas de cartón; venían en planchas que Ladis se ocupaba de abrir, doblar y trenzar; usábamos la cinta únicamente para cerrarlas.

—Ladis, tienes manos de señorita —le decía el grande Iván por molestarlo. Ambos, el cubano y el polaco, representaban dos auténticos osos, cada uno de un color. El moreno, muy diestro con la lengua, siempre andaba gastándole bromas; el otro era manso como un cordero, nunca se enfadaba. Lo llamábamos «grande» sólo a Iván; el nombre se lo puso él o alguien que hubiera pertenecido al grupo antes que yo.

Ladis nos iba dejando las cajas; Iván, el Nene y yo las llenábamos. A veces, Erwin colaboraba con nosotros. De esta manera vaciamos una biblioteca, y después otra y otra. Los libros no se terminaban. Al principio me despertaron la curiosidad, trataban de todo tipo de temas; pero no conocía los nombres de sus autores, y los había en varios idiomas. Tampoco quise que el jefe me amonestase. La mayoría de los mozos de mudanza no tardan en despreocuparse por lo que mueven: son sólo bultos. Da lo mismo una antigüedad que una plancha; salvo que el cliente ponga mucho interés —y debe hacerlo para que Erwin nos pida que tengamos cuidado—, todo se trata igual. Somos una compañía modesta, lo esencial es la velocidad: cuanto más cargas, más ganas.

La conversación de mi jefe con el cliente no tenía fin. En realidad, el escritor parecía el más interesado en hablar; tuve la sensación de que trataba de averiguar detalles con-

cretos sobre el oficio: cómo recibíamos los avisos, quién hacía qué cosa, de dónde procedíamos cada uno... Pensé que quizá nos haría aparecer en alguna novela.

Yo mismo la hubiera escrito, de poder hacerlo. Cada cual teníamos una historia interesante que contar. Iván el grande se había exiliado de la isla, llevaba dos años en Madrid; Ladis, no más de nueve meses, entró como turista y allí estaba, ganándose la vida; su mujer había llegado antes que él y trabajaba en una casa. Del Nene ninguno sabíamos mucho, no hablaba apenas; en cambio, Iván el grande no se callaba nunca, casi siempre para decir mentiras: que había participado en una guerrilla, que una novia lo esperaba en su pueblo, que tenía un hijo de otra. Lo contaba riéndose como si se divirtiera. A veces me parecía sincero; otras, un cínico; a menudo se quejaba del trabajo: la verdad es que para levantar los objetos pesados resultaba imprescindible; el jefe ni lo llamaba, él acudía solo. «Erwin está muerto» era su frase más repetida. O también: «cualquier día me largo de aquí, este trabajo es inhumano». Viajaba detrás en el automóvil con Ladis y se metía con él. «Ustedes los polacos se alimentan de papas y el cerebro se les espesa», le decía. Iván el grande no lo hacía para provocarlo, creo yo, sino por dar rienda suelta a sus ideas o llenar el silencio. Ladis le sonreía con la boca cerrada, sin dejar de mirar por la ventanilla.

La relación que teníamos con Erwin no era profunda. A mí me recibió por primera vez en el garaje donde guardábamos la furgoneta. Le dije que venía de parte de un compañero que había trabajado con él, antes de emplearse en un matadero de aves. Mi amigo y Erwin eran peruanos, como yo. Temí que me pusiera alguna objeción por la estatura o que midiera mi fuerza; sin embargo, ni me miró

los brazos; se limitó a leer los datos de la cédula y del pasaporte, me preguntó dónde vivía y me dio el puesto. Sí me advirtió de que el trabajo era cansado, que procurase dormir; venían recibiendo muchos pedidos, conque no me preocupara. De eso hacía casi un año. Erwin no es un padre ni un negrero; sólo un hombre que sabe cómo actuar, lo que un recién llegado como yo más necesitaba. Nunca tuvimos la menor queja uno del otro. Por eso me animé a pedirle que me prestara el coche, a lo que accedió. Ahora faltaba que terminase con el cliente y cumpliera lo prometido.

El grande Iván, Ladis y el Nene se habían quedado fuera de la casa. Supuse que el cubano estaría soltando sus bravuconadas a quien quisiera oír las; Ladis, pensando en el estofado de la cena; y el Nene, que era bien listo, planeando qué hacer ese viernes en que habíamos acabado pronto y al que le restaba aún un tiempo aprovechable. A Erwin no le gustaba vernos a ninguno en el momento del cobro; la consigna era volver a los coches y esperarlo allí. Sabíamos que casi siempre le caía una propina; a final de mes, el jefe nos daba tanto a cuenta de aquella y había que fiarse. No era mala persona, si bien sospechábamos que nos escatimaba algo. Yo, estando con él, incumplía la norma; pero necesitaba recordarle lo prometido y que me dejase el coche lo antes posible, no se me fuera a hacer tarde. Entendí que, por esa vez, a Erwin no le molestaría; además, la fama del hombre me servía de justificación.

Mientras hablaban, fingía interés; en realidad iba dibujando el itinerario de lo que quería hacer esa noche. Dejaría a los muchachos en sus casas —seguramente el jefe iba a pedírmelo—, iría al piso a asearme y cambiarme de ropa, luego lavaría el auto. Contaba con un par de horas; si me apuraba, llegaría a recibir a Nely a la salida del trabajo.